



DOS OBRAS DE CRITICA

La «República Literaria» de Saavedra Fajardo y «Exequias de la Lengua Castellana» de J. Pablo Forner

Por el

DR. ANTONIO DE HOYOS

Profesor Adjunto de la Facultad de Filosofía y Letras

SUMARIO:

- I.—*Historia y crítica.*
- II.—*La literatura fuente de conocimiento histórico.*
- III.—*«La República Literaria».*
- IV.—*«Exequias de la Lengua Castellana».*
- V.—*Final.—Notas.*

I

HISTORIA Y CRITICA

Nunca el genio español y sus hombres representativos en la Historia de la Literatura, hallaron una oportunidad para clamar por España, mejor que ese tiempo próximo al fin de nuestro imperio colonial. Parece como si un destino común, hubiese dado cita en el corazón de España a quienes habían de ser, pasados algunos años, los mejores escritores.

Aquellos hombres, unidos por un común destino, recibieron el nombre literario de escritores del noventa y ocho. Pronto comenzaron a desentrañar la vida española recordando una historia digna y gloriosa bajo la presión enérgica de la crítica. Años antes, la obra de Menéndez Pelayo, les abría el horizonte histórico-político con una información analítica y crítica que estimulaba sus intenciones. Poetas y novelistas, ensayistas, autores dramáticos, críticos, periodistas, escritores de nuevo cuño, se reúnen en Madrid, independientes en sus juicios, universitarios casi



todos, dispuestos a crear una patria más digna, orientando con sus obras a unos españoles reacios al nuevo sentido de la vida española y europea. Todos habían registrado la Historia, y a sus mejores épocas dedicaron largos estudios, al mismo tiempo que a la vida política, despreciando cuánto no fuese auténtica plenitud española. Se internaron en la vida medieval y monástica, destacaron sus hombres, les estudiaron y amaron. Pasaron al cenit glorioso de la época imperial, y rehicieron su experiencia de escritores en Cervantes: máximo escritor.

Sus obras nos han dejado una fuente de problemas, junto con unos supuestos críticos de gran interés para la nueva interpretación histórica y literaria.

La Historia de España ha pasado ante sus ojos curiosos y amantes del país, y la consecuencia fué un original desdoblamiento de la personalidad. Por una parte, un equilibrado espíritu objetivo y crítico; por otra parte, un entusiasmo desbordante. El tema de España, fué el preferido, y el Arte, la Literatura, la Historia, la Crítica, fueron interpretados en unas obras, modelos de un nuevo renacimiento literario.

La personalidad independiente del grupo, el individualismo, ocasionó una variedad de ideas, difícil de clasificar; mas sin saber a punto fijo cómo, los temas fundamentales, aparecen sistematizados, en su mayor parte, en la ideología de Ortega, que recoge el pensamiento tradicional, los temas filosóficos, la crítica de estos escritores en sus obras, proporcionando así una nueva interpretación crítica de carácter universal. Y así como el último tercio del siglo XIX orientó la crítica general, hoy nos hallamos en situación parecida, a causa de la herencia sistematizada de los escritores de principio de siglo.

LITERATURA

La interpretación histórica a través de las obras de la Literatura, sirve para solucionar problemas de interés, y en gran parte, estos problemas quedan definidos y aclarados a cuenta de la referencia y del análisis que el escritor hace de ellos; otros, quedan esbozados y son fuentes de próximas interpretaciones; en ocasiones, sólo tenemos una alusión llena de palpitación y de gesto, en la cual quedará preso el historiador o el crítico transeúnte. De la forma que fuere, siempre queda un dato, una referencia viva cargada de interés, que despierta la curiosidad del lector, anticipando futuras interpretaciones que aclaran una situación histórica o un momento político.

TEMA NACIONAL

El tema de España, es una cuestión de tipo político que se repite cada siglo. En el Siglo de Oro comienza; se mantiene en el fin de la época barroca, continúa durante todo el siglo XVIII, se hace más confuso en el período romántico, y más trágico al final del siglo. De todos estos períodos nos quedan buenas obras que aclaran, en su mayor parte, el desequilibrio de los españoles y la falta de concordia política; por lo menos, esto nos parece de lo más interesante al leer obras como la «República Literaria», de Saavedra Fajardo y las «Exequias de la Lengua Castellana», de Juan Pablo Forner. Así juzgamos la actitud profundamente crítica de estos escritores en sus obras respectivas, donde hay una constante queja de la situación literaria española y un ataque directo, con ánimo decidido, a romper con todo aquello que no sea auténtico y serio. Esta es la intención más importante de sus autores; y aun cuando dichas obras no son piezas perfectas y acusan defectos por causa de un ambiente político y literario o acaso, por no haber podido interpretar la realidad literaria, nunca perderán su interés, porque por encima de toda cuestión, hay una que nos atrae; y es el tema nacional. Hoy como ayer, la vida española se inquieta ante los acontecimientos políticos y ante la vida cultural. Su repercusión en el ámbito internacional es tan evidente como nuestras mismas inquietudes. Por eso resulta grato e instructivo, recordar temas parecidos tantas veces repetidos en nuestra Historia, reflejados en obras de crítica y de polémica.

II

LA LITERATURA FUENTE DE CONOCIMIENTO
HISTORICO

La época española conocida en la Historia con el nombre de período de decadencia, tan traída y tan llevada, y tan discutida su razón histórico-política, nos ha dejado una idea luminosa, que nos sirve, por lo menos para no desviarnos y perdernos en problemas de apariencia tan complicada. Esta idea luminosa que nos guía es, a pesar nuestro, la desorientación.

Hay en el ambiente de estas épocas desorientadas algo que se percibe y se percibe en grupos menores, en escritores; «algo que no acontece, que no pasa, pero que ha de pasar, que debe pasar como remedio a la desorientación». Un mundo limitado, implacable impide desarrollar aquellas normas de vida presentidas, y un grupo determinado se lanza a la lucha, a la polémica, a la crítica, a la vida activa con la esperanza de lograr un pensamiento ancho que venza esa resistencia. En la Historia de la Literatura Española nos quedan muchas obras de esta naturaleza, en las cuales, lo menos interesante para nosotros, es destacar lo que es bueno o es malo. Algo por encima de esto nos interesa y nos inquieta: es el hombre. El tipo que escribe y derrama en sus escritos una forma especial y distinta de como hoy somos. Tal es el caso de los autores de la «República Literaria» y de las «Exequias de la Lengua Castellana». Mas otra cosa nos llama la atención, y es, que aparte de estas personalidades históricas que son distintas a nosotros, nos une la razón común, la idea común de un problema que se repite tanto y tanto en la vida española: la preocupación por la patria, el gran problema nacional, tremendo, inquietante y lleno de pasión.

Nuestro temperamento, cuidado y sostenido en la crítica, en el deseo sereno y objetivo de interpretar qué es este fenómeno que se repite, se



sorprende y a veces impotente grita con perjuicio acaso, para una auténtica interpretación. Gritos hay en Saavedra, en Forner, en Larra, en Ganivet, etc., en todos los grandes españoles que no han podido resistir el mundo limitado de su patria. Con más serenidad crítica y con una cultura casi completa, D. Marcelino Menéndez Pelayo dejó a la última generación crítica un vasto campo, propicio a la experimentación y al trabajo, de cuestiones que sólo inició. En su obra quedan datos, referencias de problemas que son fuente de nuevas interpretaciones. Estos datos junto a algunas interpretaciones ligeras, nos estimulan a un nuevo análisis, y a un nuevo concepto de algunas cuestiones literarias, consiguiendo así aclarar en parte, la historia y el mérito de nuestros escritores. Si recordamos, lo que llamamos interpretaciones ligeras de D. Marcelino, es porque ya nos sucedió más de una vez hallar juicios del ilustre escritor que, en cierto modo desorientan al lector. Recordemos la buena fama que da a Luzán como crítico que rebasa su tiempo, junto a aquella interpretación de la Poética referida a la Tragedia, tan perniciosa para la crítica posterior, fiada en el prestigio del autor de la «Historia de los Heterodoxos». ¿Qué sucedió para que D. Marcelino juzgase de una manera tan irónica y hasta graciosa este pasaje de la Poética? Si Luzán dice, que con la tragedia «se logra provechoso retiro del alma en sí misma y se temple la excesiva alegría», es ligero decir que los espectáculos trágicos, según esta manera de Luzán, «son como un complemento de los ejercicios espirituales». Porque si hay algo que se destaca en el ambiente de la tragedia, es una honda meditación y un temple para la vida despreocupada y frívola. La grandeza de la tragedia se destaca por el silencio conmovedor que produce en el lector, y en consecuencia, un provechoso retiro del alma a la meditación y contemplación. Es, a nuestro juicio, este criterio de Luzán, uno más de los muchos buenos que abundan en esta espléndida obra de crítica.

Algo parecido encontramos cuando juzga la «República Literaria» de Saavedra como un libro superior a las Empresas, al recordar D. Marcelino la buena descripción y jugosidad de las primeras páginas, junto al desenfado del resto de la obra; como también es ligero calificar las «Exequias» de libro demasiado extenso. Bien poco es esto para la obra de D. Marcelino y nada tiene de particular, y mucho menos intentamos desmerecer una vida tan definitiva en la Historia de nuestra patria como la del gran escritor.

Estos datos recogidos en la gran fuente de interpretación y de estudio que es la obra de Menéndez Pelayo, nos ayudan al nuevo concepto de algunas obras literarias que no han sido atendidas como merecen, especialmente las de nuestro siglo XVIII. Al mismo tiempo, un nuevo sentido crítico, resultado de otra época y de otra sensibilidad completan estas

cuestiones de gran interés para la Historia de la Literatura Española, y de la vida social y política. El genio de los escritores, acaso, nos pueda informar con más precisión en determinadas cuestiones históricas y políticas que los mismos historiadores; entendiéndolo siempre, según nuestro criterio de interpretación, el escritor máximo, pues el tipo medio se pierde y no tiene nada más que el mérito del dato concreto o la referencia.

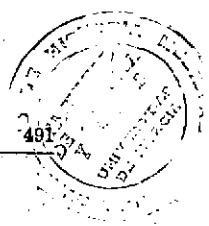
IMPORTANCIA DE LOS GRANDES ESCRITORES

En los escritores de primera fila, se perfila y se destaca en síntesis una época histórica, con más precisión que la del historiador, el cual, difícilmente vence la moda o la corriente del tiempo. El interés del escritor genial se acusa en todo tiempo y es norma del futuro. Tiene la virtud de ofrecernos resumidas y reiteradas las potencias y posibilidades humanas de tal forma actualizadas, que nos sirven de modelo y es para nosotros una realidad, tan real como nuestra propia vida.

Esta manera de entender la pervivencia del pasado en el presente, tema de Zubiri en su obra «Naturaleza, Historia y Dios», pág. 391, «se acusa más claramente al tratar de entender la preexistencia del presente en el pasado» que es también para Zubiri el problema del futuro, ya que entiende, «que el pasado no sobrevive en el presente bajo forma de recuerdo, sino bajo forma de realidad».

Existe entre los españoles una común actitud ante el horizonte histórico-político, entre el hombre que fué y el que hoy es. Un problema perenne nos preocupa y nos incita al restablecimiento de la verdad de nuestro país. El recuerdo de Saavedra y el de Forner y el de otros muchos escritores españoles, es la realidad actual de la lucha por una patria mal entendida y peor juzgada. El desequilibrio espiritual, nuestro gran conflicto, nos acerca a obras como la «República Literaria» y las «Exequias de la Lengua Castellana»; dos obras de crítica y de polémica que nos sirven de fuentes históricas, y en las cuales creemos encontrar un caudal de conocimiento que precisa la vida de otros tiempos y nos alumbran el presente.

El juicio de Menéndez Pelayo acentúa más nuestra curiosidad crítica y nos hace tener la esperanza de aclarar en parte nuestro pasado literario y también la misma Historia, unida estrechamente a la creación literaria.



VIDA Y LITERATURA

Si este trabajo abarca dos períodos históricos distintos, es porque tenemos el criterio de que la Historia Literaria consiste fundamentalmente en valorar las obras como realizaciones encadenadas a su mundo circundante, reflejando la vida en su mayor amplitud. Como en las dos obras que estudiamos, se trata de una interpretación de la creación literaria y científica y de la vida política, creemos encontrar en dichas obras elementos suficientes que aclaren nuestra intención, tanto en lo que se refiere al juicio que nos merecen, como al conocimiento de dos épocas pasadas.

Es quizá, la Historia Literaria el máximo documento de precisión histórica y de orientación en la vida nacional. La cuestión de documento de buena interpretación, se plantea siempre; y las preguntas se suceden sobre si la obra literaria puede satisfacer el conocimiento real y objetivo del pasado, o es difícil llegar a una interpretación fiel de los acontecimientos. Nosotros, sin extremar la cuestión, participamos de la idea de que la obra literaria del escritor de primera fila siempre ilumina, y a veces aclara, en su mayor parte, su época. No obstante, como este tema sería complicado y delicadísimo, hoy nos conformamos con enfrentar estas dos obras, aclarando su intención y la personalidad que las anima. Enfrentar la «República Literaria», y las «Exequias» será siempre enriquecer la proyección espiritual y la preocupación política de aquellos escritores que se ocupan del tema nacional. La claridad resplandece muchas veces mediante el método comparativo. El gran hallazgo y el enriquecimiento de la Lingüística se debió a esta manera de observar las lenguas. El método comparativo, la comparación, lleva en amplio panorama una cuestión de orientación y de luz. El viejo Homero nos ofreció la claridad máxima de su intención poética y descriptiva en sus comparaciones. El arte renovado y moderno de la Pintura quedó aclarado por referencias y comparaciones de color. La obra pictórica quedó delimitada y juzgada por la mutua relación del color. Casi toda la escuela francesa de pintura, así como la música impresionista, llega a nosotros convertida en sistema bajo el recuerdo de las artes tradicionales reflejadas en un espíritu moderno. Así también, las notables diferencias de tiempo o de estilo, de intención crítica de nuestros dos escritores, pueden dejarnos aclarada cuál era su idea ante un problema tan importante y trascendente como el de la Patria.

En nuestros dos escritores se da la cima del pensamiento político de su hora, con las diferencias del tiempo. El tema nacional predomina



sobre los conocimientos útiles o teóricos, sobre el entendimiento de la obra como expresión literaria, sobre los conocimientos del mundo psicológico, o de la vida.

Palpita una personalidad que se revela contra el ambiente político del país y contra los ataques de los pueblos de Europa. Como educadores, una norma de conducta ofrecen a España con una ausencia total de sentido pedagógico; mas una fuerte personalidad que rebasa su educación universitaria, domina la norma moral y política. No son especialistas; han construido su obra abarcando la amplitud del problema junto con detalles de importancia, y un espíritu clásico renacentista y moderno, les hace hablar de su patria con mesura y equilibrio. La pasión, inevitable a veces, es dominada por su intención. Como Tucídides hizo sus «Historias», así estos libros que estudiamos.

CULTURA CLASICA

Tanto Saavedra como Forner estiman las ciencias y pretenden dar una idea de la vida y del universo; pero no insisten en ello, porque sus fines espirituales llevan un camino más inmediato y real. La imposibilidad de conocer y limitar el universo, les hace tomar la idea clásica del cosmos griego, con su principio y su fin en sí mismo y su finalidad en Dios, causa misma de la naturaleza infinita; la grandiosidad del universo quedá a merced del gobierno de Dios. Descartada la calidad de hombres especialistas se conforman con el conocimiento general del sistema solar, de los movimientos de la Tierra, y del colosal y poético mundo de los astros grandioso e impresionante. Son escritores dignificados por el trabajo y la esperanza.

Cuando Saavedra o Forner, se refieren a las masas, sin el contenido político-social moderno, no es su intento entenderlas con la gente pobre y humilde, con el nuevo obrero proletario y socialista—esto no sucederá hasta Ganiwet—sino con todos los grupos cohesivos que respiran un mismo ambiente, encerrados en normas de vida definida e intangible.

Saavedra y Forner coinciden en varias cosas: son humanistas, hombres de una cultura formal y normativa. Son críticos, eruditos y polemistas; hombres de pensamiento y de lucha, políticos. De todo esto, nos interesa destacar su formación clásica, a nuestro juicio, la clave de su pensamiento. El caso no es nada nuevo. En nuestra Historia Literaria sus hombres más interesantes han sido humanistas. Todo el mérito de nuestro siglo XVIII radica en lo mismo, y el espléndido castellano de paso majestuoso y tranquilo del mismo siglo, se debe a sus humanistas.

Entre Saavedra y Forner notamos el tiempo transcurrido; en el pensamiento crítico de Forner, con sus ataques, y con sus injusticias, hallamos en muchas ocasiones más serenidad y más formalidad que en Saavedra. Parece como si la desgracia nacional y su ruta inexorable de decadencia calmase la pasión del extremeño, que quiere encontrar a toda costa el sino trágico de su patria. En una y otra obra, podemos observar la protesta de ambos, ante el ambiente reducido y homogéneo de grupos, ciegos a la vida de Europa y a los ataques sistemáticos infringidos a España. De la «República Literaria» y de las «Exequias de la Lengua Castellana», creemos que se derivan cuestiones tan importantes para la vida y conservación de los pueblos, como son: el equilibrio espiritual, la convivencia, y una intención común al margen de todo problema científico, tendencias políticas que caen de lleno en lo que Aristóteles llama concordia. Pero el desequilibrio se produjo en una y otra época. En el tiempo de Saavedra comienza nuestra debilidad ante los ojos de los extranjeros y el ataque por sistema a nuestro país. Buena cuenta podría dar de ésto el afilado Cardenal Richelieu, vencedor de D. Gaspar de Guzmán. Con la derrota del Conde-Duque se armó la discordia para no cesar. La falta de fuerza y prestigio en el exterior llega a su mayor esplendor en el siglo XVIII, y el XIX todavía tiene energías para superarla, bajo la influencia de historiadores de tendencia liberal y protestante, incansables de atacar el dogma católico. Estos ataques sistemáticos, fueron la causa fundamental del desequilibrio político, que tanto perjuicio ocasionó a la vida española.

Veremos pues, la actitud de nuestros dos escritores en períodos tan críticos.

III

LA «REPUBLICA LITERARIA»

Con la «República Literaria», nos hallamos en un ambiente literario y crítico. La «República Literaria» es una obra de crítica, donde el autor resume de una manera rápida, y a veces intuitiva, la cultura clásica que pesa en la España del siglo XVII, heredera de la corriente nueva y brillante del renacimiento europeo.

Una contraposición constante se observa en el curso de esta obra, entre el sentido real y práctico de Saavedra, político y diplomático, y la ciencia cultural teorizante y problemática. Práctica y teoría, son dos cuestiones en pugna del pensamiento de Saavedra. Acción política y elaboración teórica, despreciada ésta muchas veces, para exaltar sobre la ciencia y la cultura la moral hesiódica del trabajo. Saavedra prefiere la lucha al estudio, y en esta doble posición crítica, su pensamiento vacila y entonces retorna de nuevo un criterio que le hace defender la ciencia y la cultura. De aquí derivamos dos aspectos esenciales en la vida de Saavedra: el político, y el hombre cultivado en la universidad de Salamanca. Estos dos aspectos, se perciben con claridad en la «República Literaria». Su desenfado ligero, humorista y escéptico es frenado por una meditación más severa y reflexiva, pero su pensamiento sobre la vida pública y las ciudades de Europa, tiene para Saavedra un rango más estimable que la cultura al uso dentro de España. Así al finalizar la obra, notamos como se impone este espíritu de lucha, a cuantas meditaciones teóricas impregnan la vida cultural del siglo XVII.

Esta dualidad de la «República Literaria» ha sido notada por sus comentaristas siempre, desde que la obra fué objeto de una crítica posterior. El tema es tan claro, tan elemental, que salta a la vista. Y tanto Mayans y Siscar como Menéndez Pelayo, Vicente García de Diego y más tarde Entrambasaguas, coinciden en este aspecto dual de la «República Literaria».



Ahora bien; de la posición doble del autor, se derivan juicios contradictorios de sus comentadores, y la intención crítica de Saavedra queda imprecisa, por la diversidad de cuestiones entendidas en la obra; hasta tal punto, que ahora también nos preguntamos, cuál será la intención de Saavedra. Lo cierto es que en determinados momentos, podemos pensar que la obra no corresponde a la época de madurez del pensamiento del autor, pero otras veces sí. Junto a notables ligerezas, encontramos cuestiones meditadas, maduras, donde el autor, con gran profundidad psicológica ha dejado paso al humor y a la sátira; mas no por eso, dejaremos de pensar que hay razones para juzgar la obra—con todas sus diferencias—menos rigurosa que las Empresas.

DESENFADO CRÍTICO

He aquí, pues, el juicio que nos merece esta pequeña obra donde hallamos resumida la ciencia clásica con sus escauceos orientales. Toda la ciencia del Renacimiento, las artes, la filosofía, la literatura, la medicina, la crítica, la teología, la religión, la alquimia, la política, la jurisprudencia, el derecho, la moral, la mitología, etc., todo cuanto el mundo clásico prestó, para su renovación, a las nuevas ideas de la vida, es sorprendido y juzgado con rapidez increíble por el murciano embajador en Münster.

Si la crítica de Saavedra, fuese todo lo acertada que merecen estas ciencias, por su trascendencia a la vida social y política, la «República Literaria», sería la herencia literaria más importante que nos hubiese dejado el Siglo de Oro. Pero este libro de Saavedra, ligero e intuitivo, no precisa con su crítica, la amplitud vital de su época.

La «República Literaria», es una censura abierta a la erudición y a la pedantería, y al atacar a éstas, no le importa sacrificar cuanto de bueno encuentre en su camino, aunque muchas veces, prudente, reconozca el beneficio que supone la cultura y la ciencia. Recordamos una de las notas de García de Diego (1) a su edición modernizada, en la cual Séneca y Epiteto pasan cerca del Emperador Licinio sin hacerle caso porque aborrecía las letras; y el Emperador, enfadado, les hizo apalear. Dice Saavedra: «harto deseé pregun(tarles) entonces si hallaban en aquel dolor felicidad y gratitud, como lo enseña en sus Paradojas, y si aquellos palos los sintió la espalda y no el ánimo; pero, viéndolos afligidos, los dexé». Es curioso como el estoicismo y el senequismo que destacó Ganivet como esencia perenne del espíritu español, sea, según este trozo de la República Literaria, una «Paradoja», en el sentido que vale este

concepto, o, mejor, esta figura de pensamiento en el Siglo de Oro. Entonces lo paradójico era un resultado falso e increíble del pensamiento. Esto nos hace sospechar, que Saavedra desestima lo singular y extraordinario de la filosofía estoica, su ambiente moral, y su superación teórica, cuyas repercusiones máximas fueron en el Renacimiento. De esta actividad de Saavedra ante las conquistas del Renacimiento, se deriva una nueva cuestión. Por una parte, Saavedra Fajardo universitario, sabe la importancia de la nueva creencia renacentista, por otra, estima que la divulgación científica recalca, con frecuencia, en el tópico y en el lugar común, y es lo más seguro, que sea a este resultado al que ataca Saavedra sin piedad, a sabiendas que esta variante de la ciencia cultural renacentista, es letra muerta que sólo sirve para satisfacer pretensiones ridículas. Por eso, nuestro escritor, llega a enjuiciar alegremente a muchos autores consagrados, con el único objeto de atacar a esta clase de eruditos. De esta forma, se mezclan en su obra juicios ligeros y equivocados, con aciertos que revelan una buena cultura, y especialmente una gran intuición. La crítica que hace Saavedra sobre su momento, nos la puede aclarar en parte cuando estima aquellos libros que «con propia invención i arte eran perfectamente acabados i podían dar luz al entendimiento, i ser de beneficio al género humano» (2). El resto, abundantísimo, es su criterio, que sirvan especialmenté, para encender el fuego, mientras que los libros satíricos, servirán para papeles de agujas y alfileres, o para envolver pimienta o dar humo a las narices. Saavedra pues, repudia los libros eruditos, abrumados de citas y referencias que sólo complican la lectura; pide un libro donde el autor demuestre originalidad e ingenio, y es criterio de Saavedra, que estas facultades abundan poco, por lo cual, no tiene buena idea de la producción literaria y científica de su tiempo. Así que los ataques los reciben, los autores contemporáneos y la tradición clásica. Eran demasiadas alusiones al estudio de las Humanidades, agobiantes, desmesuradas. A todo esto, hizo su censura Saavedra, a los libros en latín con el título en griego, a los libros de Historia. Donde quiera que hallaba algo análogo, su crítica se hacía dura, así también en los comentarios sobre Cornelio, Tácito, la República de Platón y Aristóteles.

Saavedra es crítico, y ataca a éstos, llamándoles «remendones ropavejeros i zapateros de viejo» (3). Así son sus juicios en toda la obra. Sus observaciones son directas, su estilo sencillo sin prejuicios barrocos como en las Empresas, donde el escritor es lento y concienzudo y barroco por concesión al arte literario, popularizado y ritual.

Las elegancias de la «República Literaria», son el resultado de la expresión directa de su pensamiento. No obstante la obra es monótona por causa de juicios parecidos.

En las páginas finales, se percibe con claridad que su crítica desembo-

ca en un escepticismo alegre, pero al tratar a Demócrito en contraposición a Heráclito, escribe sus mejores líneas llenas de emoción. Estas páginas, con su alusión platónica al mundo de las ideas, son una meditación larga y poética de Saavedra Fajardo. La ciencia no la despreciará nunca el autor de las Empresas, pero despreciará la vanidad y la pedante erudición de sus representantes coetáneos, y en esta lucha, su pensamiento caerá en observaciones que nos sorprenden. Así Saavedra, unas veces defiende la frase latina, sonora y retórica digna de cultivarse más en el castellano, y otras parece alejarse de esta forma literaria, para decidirse hacia un estilo directo, sobrio, como el de las Empresas. Prefiere el orden corintio, y luego hace gala de un conceptismo doctrinal, al mismo tiempo que es retórico y barroco en la extensa alegoría sobre la Gloria, la Virtud, la Fama, y otros símbolos humanos y mitológicos (4). Censura a Dante, bajo el prejuicio aristotélico de la poesía, olvida a Cervantes y a la Celestina, porque su viaje por el mundo literario es tan rápido que su imaginación vacila «cansado por el desengaño de los estudios» (5). Este cansancio de los estudios que nota G. de Diego, nos hace reparar en un asunto de interés discutido frecuentemente. Según García de Diego, en la obra, halla al autor impotente para conocer la verdad, y una gran desilusión le hace pensar gravemente. Esto que piensa García de Diego, podría servirnos para concretar el tiempo en que fué hecha la «República Literaria».

LA REPUBLICA LITERARIA ¿FUE CORREGIDA EN LA EPOCA DE MADUREZ DEL AUTOR?

Si Saavedra está «cansado por el desengaño de los estudios», es lo más probable que la obra sea de la madurez del escritor. Si existe la sospecha de que la obra fué hecha en la juventud y mejorada más tarde, no cabe pensar en ese sentido de impotencia del hombre que busca la verdad, puesto que Saavedra en sus primeros años de escritor no debía tener esos reparos propios de la madurez. Es lo probable que esta obra fuese de los primeros años, reformada más tarde, y así hallamos juicios propios de la juventud, donde Saavedra como muchos escritores, opinó alegremente, convencido de que sus juicios eran definitivos. Pasados los años el señor embajador pudo muy bien corregir en parte su «República Literaria», por lo que es fácil percibir este doble sentido, ligero y grave que acusa en tantos lugares la obra, y es también probable, que de esta segunda época se derive el sentido escéptico y humorista. De cualquier forma,



como dice L. Pfandl, «la relación de nombres es demasiado unilateral, Lope de Vega y Velázquez, de los cuales hubiésemos querido saber más, son despachados con un par de generalidades (6). Y es que el momento político es tan crítico que en parte se justifica esta actitud de D. Diego Saavedra Fajardo, ataca todo aquello que divulgan sus contemporáneos mientras se pierde nuestro prestigio político y nacional. ¿Para qué la ciencia? El trabajo, la lucha, será lo único que dignificará la potencia tradicional de España, y así su pensamiento, rebasa todo, e intenta acabar con cuanto no sea eficaz a la necesidad política: Junto a sus desenfados, una intención sana anima su obra, porque en el murciano, se da «un saber universal, honradez intachable y radiante idealismo de pensamiento, son los tres rasgos fundamentales de este hidalgo auténticamente español por la nobleza de su alma» (7). La «República Literaria» fué una buena herencia para el siglo XVIII, época de crítica de polémica y erudición, y así, «para el siglo XVIII tan doctrinario y prisionero de las formas y con razón llamado por esto filosófico, fué naturalmente la «República Literaria» un gran descubrimiento. Fué anotada, explicada, comentada y traducida en 1727 al inglés, en 1735 al francés; en 1748 y 1777 al alemán» (8). A la lucha literaria y crítica del XVIII, se unía este libro de batalla, y venía a reforzar el ambiente de censura al Siglo de Oro.

La ideología de Saavedra en la «República Literaria» oscila entre un clasicismo tardío, y su vuelta al sentido neobárbaro del Renacimiento. Su República ha podido ser mucho más estimable, si en ella fluyera su pensamiento crítico, con la calma desapasionada de sus Empresas. Siempre será un libro de polémica, por los contrastes y sorpresas de su pensamiento. A pesar de todo, desde el punto de vista de interpretación del pasado, lo importante de esta obra es su pensamiento crítico, fenómeno repetido en nuestra historia literaria, tan significativo para conocer el ambiente cultural y político. Un notable rasgo de pasión y rebeldía hay en el pensamiento de nuestro escritor, y el desahogo de su libro es como una justificación de la mala situación política. Una vez más destacamos que sus ataques van contra los malos eruditos y divulgadores, pues en muchos momentos de la «República», Saavedra tiene la máxima veneración y respeto para el progreso cultural y científico, y para la tradición del pensamiento.

IV

«EXEQUIAS DE LA LENGUA CASTELLANA»

FORNER ROMANTICO

Entramos en las «Exequias», intentando revalorizar el ideario literario, filosófico y nacional de Forner, desde nuestro punto de vista actual.

Grave problema es el que se presenta al escritor extremeño, en una época que se alejó de la esencia española, imitando el movimiento intelectual europeo. Movimiento internacional, al cual no era hostil Forner, deparándole, por ello, las nuevas corrientes una situación crítica, pues su calidad de auténtico español le exigía respetar la tradición española y su esencia cultural, junto a las nuevas tendencias renovadoras y críticas que ofrecía Francia fundamentalmente, con su método equilibrado y sus gracias literarias. Junto a este tema primordial, se unía la época avanzada del siglo, donde concurrían las tendencias neoclásicas con la nueva fe romántica, la cual pronto rebasa la tradición del siglo, presentida en España por la comunicación con el país vecino; corriente tumultuosa, que irrumpe en el equilibrio científico y razonador; llega a nuestras fronteras salvando, con los años, el escollo notable de los Pirineos, y con ella se produce en nuestro país una situación dramática y alarmante, que impregna todos los aspectos de la vida nacional.

Forner se anticipa a este movimiento. Su temperamento, su formación cultural, su brío y espíritu independiente son los caracteres que le definen como escritor romántico, fuera de la moda nacional. Pudo muy bien Forner hacer sus «Exequias» sin tanto verso a la manera neoclásica, lo que le habría destacado como auténtico romántico. Al mismo tiempo, su obra crítica hubiese quedado más ligera, y Menéndez Pelayo, que tanto la admiró, no la habría calificado obra de extraordinaria extensión; pues los versos, menos interesantes y con frecuencia duros, hacen



molesta la lectura. Mas no es una obra extensa, pues no es posible reducir a menos el número de temas tratados.

El arranque de las «Exequias», es una lamentación del estado de la lengua española. Piensa Forner, que la constante imitación del francés, ha llevado a nuestra lengua a una situación triste y deshonrosa, perdiendo el prestigio de la época brillante del siglo XVI.

Se lamenta nuestro escritor, de la falta de pureza de la lengua, e intenta con su obra, atacar a todos aquellos que no escriben con sencillez y energía.

ESCRITORES DEL SIGLO XVIII

Forner comienza recordando a los poetas más que a los prosistas de su siglo, porque el castellano del siglo XVIII empleado por autores como Mayans y Siscar, Antonio de Capmany, Luzán y Villarreal y otros, es modelo de escritores, pues al mismo tiempo que usan la lengua en obras diversas, históricas, científicas y de recreo, conocen el francés, y sus repercusiones en la producción literaria, defendiéndose del mismo con una expresión tranquila, clara y llena de pureza. La herencia de la lengua española que llega a Forner en su juventud es magnífica. Hoy, pasados los años, notamos el mérito de estos escritores, herederos de la corriente barroca llena de lujos metafóricos, que en ocasiones entorpecen la marcha del pensamiento. Justo es recordar a los escritores puros del siglo XVIII, a los que, en parte alude Forner; autores, que como el autor de las «Exequias», conservan la tradición clásica y sencilla del siglo XVI, al mismo tiempo que renuevan el estilo y enriquecen la lengua. Entonces no interesaba la literatura de recopilaciones, o los estudios críticos razonados. Puede decirse que no existió la novela, tan del gusto romántico, y de aquí el poco valor concedido a esta clase de escritores. Como la época, acaso más independiente fué la del reinado de Carlos III; esto completó el olvido de los escritores de principio de siglo. No es pues, superfluo recordar a los escritores que mencionamos anteriormente antes de enfrentarnos con la crítica dura y agresiva de Forner, dirigida contra lo que él entiende y llama escritores modernos, que han llegado «a la alta empresa de hacer que su lengua hable como poseída y como si tuviera una legión de diablos en el cuerpo» (9). Lo contrario sucede a los escritores neoclásicos anteriores. Son humanistas críticos y eruditos de la mejor clase; usan un lenguaje tranquilo y correcto, y si alguna vez ceden el paso a vocablos fugados de la nación vecina, lo hacen porque estiman en tales voces, determinados aspectos significativos, que, en cierto modo, satisfacen plenamente una intención expresiva y un giro moderno.

POESIA Y MIMESIS

Forner, pues, ataca a los poetas principalmente, y le irrita pensar que puedan hacer uso del concepto platónico de participación de la divinidad, cuando no son capaces ni de comunicarse con «los hombres más miserables de la república».

La poesía ha de tener la altura de Sofocles, Plauto, Juvenal, Horacio, Píndaro, y la del maestro Argensola, a quien concede el honor de ir junto a éstos. Recuerda de una manera ligera a Quevedo, picante y jocoso, y al cándoro y sincero Teócrito. Alusión que tienen un acertado juicio crítico, porque entre ironías y buen humor, finge hablar con el poeta Iglesias, y les estima como maestros de diferentes tipos de poesía.

Su viaje al Parnaso, lo hace guiado por Cervantes, y aquí nuestro hombre, se nos muestra capaz de justificar a sus rivales su actitud constante de ataque. El encuentro con Cervantes es su oportunidad. Veamos sus versos:

Miréle atento, y como suele el hijo
 Abrazar a la madre cariñoso,
 Cuando, volviendo a la paterna casa,
 Su amor indica en desatado gozo,
 Ceñíle el cuello, y a su pecho el mío
 Uniendo estrechamente, desahogo
 En llanto alegre el sentimiento tierno
 Que su presencia ocasionó en mis ojos.

¿Es posible que Cervantes conmueva a nuestro escritor de esta forma? Este extremo de ternura, decimos, es una ocasión para declarar ante la gente, que él se rinde a los hombres grandes. Pero, ¿hasta qué punto? Forner parece decir al encontrarse con Cervantes. He aquí señores la verdad y la sabiduría hecha escritor. Ante ella me postro y respetuosamente la saludo. Mas ¿por qué esta ternura excesiva, incompatible con el temperamento de Forner? Sin dudar, por nuestra parte, que Forner en la intimidad es un hombre amable, tierno y romántico, se nos hace muy cuesta arriba pensar que estos versos son sinceros. Hay en el poema demasiada ternura llevada a tales extremos, que nos hace pensar en una forma de justificación, pues sabe bien Forner, que estos extremos tan cariñosos no pueden ser del agrado de Cervantes. Una actitud firme y respetuosa, es la que conviene al autor de las «Exequias» y es lo que va bien con la línea decidida de su carácter. Así es, que encontramos des-

mesurada su impresión ante Cervantes. Y es que Forner, llega a cansarse de tanta polémica, y a dudar si está o no en lo cierto. La duda que al final le acarreó la lucha, le hace tomar esta actitud que no es nada más que una concesión pública de benevolencia; o quién sabe si la exigencia formal del verso, le hizo, por su mala estrella de poeta, llegar a esos límites. De todas formas, lo importante en estos versos es su intención tiernamente arrebatada. Esta impresión la salva enseguida con la descripción de la subida al Parnaso, donde hay un paisaje espléndido que anticipa nuestro romanticismo. Comienza su crítica sistemática, dominada por su pensamiento maduro, y por unos supuestos consejos cervantinos, dignos del gran escritor. Entonces Forner, se detiene en censurar la poesía moderna francesa y en admirar la de sus escritores geniales, así como en calificar a la italiana de hinchada, y a la española de pomposa e inflada para cualquier asunto trivial. Vuelve con ello Forner, a recordarnos el estilo bárbaro y ridículo al uso.

También se preocupa con extensión de la imitación, entendiéndola ésta como la entiende la tradición griega, como recuerdo o memoria, a la manera platónica y aristotélica. De cualquiera de las dos formas, la imitación no es un simple calco de la obra modelo. El recuerdo sirve como ejemplo. Parece que en el criterio de Forner, existe el convencimiento de que ya se han dado todos los posibles tipos artísticos; y al defender la imitación, nos hace pensar que en la nueva obra, puede el autor superar al modelo, adquiriendo «las excelencias ajenas con los mismos medios y por el mismo camino que las consiguieron los poseedores de ellas». Esto cae de lleno en el aforismo platónico del saber. El saber es una reminiscencia o un recuerdo. Por eso, saber imitar, será siempre obra de los hombres grandes, de los buenos poetas. Así, su alusión a Garcilaso, no puede ser más oportuna. Nos hallamos pues, en un concepto moderno que puede servir a los neogarcilacistas actuales y a la gran masa de poetas nuevos tan semejantes en los tipos y preferencias que les sirven de modelo.

Es interesante notar, cómo en nuestro escritor se da el doble aspecto de hombre rigurosamente formado por las Humanidades y el Derecho, sereno, y objetivo crítico, junto a la dureza y violencia de sus ataques. No ataca por capricho, sino por dignidad nacional; por eso defiende a Mayans y Siscar y le recuerda sus defectos personales, como le sucedía a él mismo, más le destaca, como propagador de la propiedad y pureza de lengua (11) así como al antiguo escritor Huarte de San Juan y al desenfadado Torres y Villarroel (12) opuestos a la retórica. Muchos son los juicios acertados y definitivos de su crítica, llena de curiosidad ausentes de disquisiciones frías y superfluas. Nuestros mejores autores le son conocidos. Algunas impresiones son perfectas, como la de Ercilla, «majestuoso,



noble, vivísimo en las pinturas y descripciones, maravilloso en los afectos y pocas veces inferior a la grandeza de la trompa» (13). Gran juicio este de Forner. Nuestro escritor recorre la historia de nuestras letras y su crítica es una norma del futuro, orientadora y eficaz. Hay en sus juicios, como decíamos, más equilibrio y acierto que en Saavedra. Tiene Forner la experiencia crítica de un siglo largo, y esto hace que su obra, semejante a la «República Literaria», sea más cuidada. La situación política, en tiempos de Forner es todavía más delicada; nuestra patria avanza inexorable hacia conflictos graves del interior y de ultramar. En el ánimo de Forner, como en el de Saavedra, existe la creencia de que la Patria está al borde de la ruina. El principio del siglo XVIII avisó a todos los españoles. Ahí está Gibraltar como símbolo y anuncio trágico. Sólo el equilibrio espiritual, la concordia política, puede hacer el milagro; pero el ánimo de los españoles no parece estar dispuesto. Pasados los años, una esperanza alumbra la vida nacional, coincide con el reinado de Carlos III, pero el extranjero siempre está a punto y sigue la discordia. Forner da la batalla, no cesa un momento, y ataca sin piedad. No puede resistir que todo se solucione con versos, y en un ambiente de cultura en el que Iriarte es modelo del arte español. Entiende Forner, que el arte es reflejo de la vida, y no permite que las cosas de escasa entidad, sean sometidas a una atención tal que satisfagan las exigencias del arte. Para sus coetáneos, tiene la producción poética un rango merecido; para Forner no, porque sabe hasta donde ha llegado la poesía en Francia, y en fin de cuentas: la poesía en su esfera, acreditada en su paisaje por buenos poetas, más en la vida nacional, en la política, la nueva ciencia, aunque no se sienta. Siempre será una manera de conocer el estado de convicción de los extranjeros. Así que atacará, como le atacarán a él, hasta que los contendientes vayan muriendo unos tras otro.

DEFINICION DE FILOSOFIA

Con sus «Exequias», nos queda el testimonio del hombre moderno enterado del ritmo europeo, de la vida filosófica expuesto en este juicio magistral: «la filosofía es la ciencia de la verdad y de la virtud. Y como la verdad es difícil de hallar, y la virtud no es fácil de practicar, la filosofía enseña a examinar y meditar mucho y a hablar poco. La filosofía es la perfección del entendimiento... Es la perfección de la voluntad... La filosofía es la modestia, la decencia, la desconfianza, el decoro, la propiedad, el examen profundo de las cosas, la larga y escrupulosa experiencia, la rectitud del raciocinio» (14). Su idea sobre la filosofía es la integra-

ción de los mejores valores nacionales, de plena esencia española. Ella nos da una luz precisa de la individualidad de Forner. Su criterio nos lleva de la mano al silencio grave del pensador decente y desconfiado; tal vez curioso de cosas como los escépticos, mirando en torno a un enorme círculo de problemas reflejados recíprocamente, en una mezcla radiante que encandila y fatiga. Le domina el tema nacional, sobre todo conocimiento útil y práctico. Un afán de verdad le incita al trabajo constante, a la creación orientadora y crítica. La nueva obra, meditada en la soledad, en el silencio y en la duda, es la medida de su tiempo y una norma del futuro. Conoce Forner sus defectos y sus limitaciones, «porque ninguna (obra) se ha escrito hasta ahora sin defectos, ni se escribirá mientras esté la pluma entre los dedos de la limitación humana» (15) pero el pensamiento de un hombre rebelde de su siglo, ahí queda, como recuerdo de hombre extraordinario. Forner se salva del siglo XVIII aletargado, y pertenece al grupo de nuestras personalidades egregias. Su pensamiento literario, político y filosófico, es semilla de fructificación nacional que responde a la obra eficaz de España. Para ello, piensa, que hay que romper con el pasado inmediato, beber en la vieja fuente nacional, ofreciendo una norma nueva, fiel a la historia antigua; a esta historia, que no quiere ver cínicamente Masson de Morviliers. El mejor hallazgo en las «Exequias», es nuestro Cervantes, guía y consejero del escritor extremeño; su mejor experiencia. Ortega, pensador rapsoda del 98, diría en tal situación: He aquí una plenitud española. He aquí una palabra que en toda ocasión podemos blandir como si fuera una lanza. ¡Ah! Si supiéramos con evidencia en qué consiste el estilo de Cervantes, la manera cervantina de acercarse a las cosas, lo tendríamos todo logrado» (16).

HUMANISMO

La idea que Forner tiene de la poesía de su tiempo es catastrófica. El poeta es algo peor que el más miserable de los hombres. Pasar el tiempo preocupado por una rima sin alma y sin ritmo, fría y sin gracia, manejar toda clase de temas y no quedarse en ninguno sorprendido como en un paisaje grato, es desprestigiar la poesía y atacar al país. No hallar un verso donde se presienta una gran modestia junto a una luz viva y penetrante como la mañana, es no encontrar al poeta, revelador de la vida esencial y eterna.

Forner no cede; recuerda los tipos de la poesía de Grecia y de Roma, para destacar la pobreza intelectual de los poetas modernos. Piensa

Forner, que en la literatura clásica existe la perfecta herencia del hombre de cualquier época; el estudio y la meditación reconstruyen el pensamiento moderno y su base metafísica, supuesto de toda creación filosófica, artística y política. Detenerse en los más elementales distinguos del pensamiento presocrático, y ascender hasta Plotino, es estar a punto de conocer la verdad. En la continuidad del pensamiento griego, está la clave del pensamiento de su época, y la nueva fase del hombre clásico que se deja sentir en los intelectuales españoles. Forner, por su parte, contempla desesperado el panorama, pero él es hombre de fe, lucha y estudia, y lanza el nombre de Luis Nives, cima espiritual de la tradición perenne que completa su coraje para el nuevo ensayo de la vida española. Su cultura le hace proclamar una tendencia unificadora, y repetida de la Historia, que podrá tener sus defectos en el nuevo concepto de la interpretación historiográfica, mas en su pensamiento, existe la creencia de que un retorno a las actitudes morales, es tanto como renovar con la experiencia de los siglos, la ciencia de los hombres libres.

Un gran respeto nos producen sus palabras sobre lo que es filosofía; acaso lo más trascendente de las «Exequias».

Ya tenemos con Forner al hombre moderno, notando su vida como una realidad que se debate entre la expresión histórica tradicional de hechos extraordinarios, y esta realidad fundamental del hombre, al que conviene, como expone Ortega (17), un repertorio de convicciones y de acciones que son su vida.

Su convicción primordial, se transformó en guerra, y con la polémica culmina su personalidad. No es de extrañar pues, que su interpretación sobre los escritores españoles esté llena de aciertos, puesto que su crítica anduvo más a la busca del hombre, que a otras cuestiones artísticas. Entusiasta de las ideas, conoció la Historia. Forner humanista, supo adentrarse en el magisterio de la Filosofía, norma de su vida y de su pensamiento.

V

FINAL

Las dos obras que ligeramente hemos examinado, nos ofrecen dos hombres descontentos, y en sus páginas dejan su protesta convertida en crítica.

Casi toda la historia de los grandes escritores españoles, es una constante protesta. No andan acordes con la vida española, y sus obras son consecuencia de su descontento. Creadas éstas, en la meditación de la vida pública principalmente, nos llegan transformadas en documentos de eficaz interpretación de la vida pasada; y en la coincidencia espiritual e intelectual de nuestros escritores en sus siglos respectivos, hay una continuidad del primitivo pensamiento, que se completa en el curso de los años.

Sin ascender a su origen, Cervantes, da la voz de alarma con notables resonancias en su siglo. Continúa Saavedra y más tarde Forner. Sus ideas fecundas, de esencia nacional, perduran como nuestro territorio, y se encuentran siempre en la trayectoria fiel de sus hombres.

El tema se repite, con sus naturales variaciones, y cuando parece dormido el espíritu de protesta, surge súbito el nuevo, con más energía y mayor esperanza. Así, la tradición de protesta clásica y barroca, neoclásica y prerromántica, se destaca en la agudeza intelectual de Larra, se completa en la amplia obra de Menéndez Pelayo o en la crítica de Valera. La tradición castiza sigue, y escritores como D.^a Emilia Pardo Bazán, Clarín o Galdós preparan un nuevo resurgimiento, acaso el más violento de todos. Los nuevos escritores, fieles a sus modelos pasados, no saben a punto fijo que son, y cual es su tiempo formal dentro del arte literario. Clásicos o barrocos, renacentistas o románticos, los últimos que protes-



tan recogen la esencia nacional del descontento y de la crítica, y trabajan en una obra renovadora llena de esperanza. Así el grupo del 98, y sus coetáneos.

Hasta nosotros llega la influencia crítica de todos ellos y la conformidad con sus obras, hasta el punto de que nuestra intención crítica, intenta completar, con la ventaja del tiempo, lo que para ellos fué el tema preferido.

NOTAS

- (1) REPUBLICA LITERARIA.—Ede. de García de Diego. Clásicos Castellanos. Madrid, 1922. Nota 3. págs. 160-161.
- (2) Ob., cit., pág. 96.
- (3) Ob., cit., pág. 150.
- (4) Ob., cit., pág. 90.
- (5) Ob., cit., Prólogo, pág. 53.
- (6) PFANDL, L.—HISTORIA DE LA LITERATURA NACIONAL ESPAÑOLA EN LA EDAD DE ORO. Barcelona. Suc. de J. Gili, MCMXXXIII. pág. 599.
- (7) PFANDL, L.—Ob., cit., pág. 598.
- (8) PFANDL, L.—Ob., cit., pág. 599.
- (9) FORNER.—EXEQUIAS DE LA LENGUA CASTELLANA.—Ede. de Sáinz Rodríguez, Clásicos Castellanos, Madrid, 1925, pág. 174.
- (10) Ob., cit., pág. 82.
- (11) Ob., cit., págs. 254, 107.
- (12) Ob., cit., págs. 220, 223.
- (13) Ob., cit., pág. 247.
- (14) Ob., cit., pág. 175.
- (15) Ob., cit., pág. 137.
- (16) ORTEGA Y GASSET.—OBRS. COMP. Meditaciones del Quijote. vol. I, pág. 365.
- (17) ORTEGA Y GASSET, Ob., cit., Historia como sistema. Vol. VI, pág. 13.

